



# DEL CRISTO EVANGELIZADOR A LA IGLESIA EVANGELIZADORA

CAPÍTULO



*«...Para reunir  
a los hijos  
de Dios  
que estaban  
dispersos...»*

*(Jn 11, 52)*



« Los Salesianos de Don Bosco (SDB) formamos una comunidad de bautizados que, dóciles a la voz del Espíritu, nos proponemos realizar, en una forma específica de vida religiosa, el proyecto apostólico del Fundador: ser en la Iglesia signos y portadores del amor de Dios a los jóvenes, especialmente a los más pobres. En el cumplimiento de esta misión, encontramos el camino de nuestra santificación»

[Const. 2]



« (...) para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos (Jn 11, 52). Las palabras del Evangelio que nos revelan que el Divino Salvador ha venido del cielo a la tierra para reunir a todos los hijos de Dios, dispersos en las diferentes partes de la tierra, me parece que se pueden aplicar literalmente a la juventud de nuestros días. Esta porción de la sociedad humana, la más delicada y la más preciosa, sobre la cual se fundan las esperanzas de un feliz porvenir (...) Esta fue la misión del Hijo de Dios; esto solamente lo puede hacer su santa religión (...) Cuando me entregué a esta parcela del sagrado ministerio, entendí consagrar todos mis esfuerzos a la mayor gloria de Dios y al bien de las almas y me propuse entregarme a formar buenos ciudadanos en esta tierra a fin de que luego fueran dignos ciudadanos del cielo. Que Dios me ayude a poder continuar en este propósito hasta el último aliento de mi vida»

[Introducción al Plan de Reglamento para el Oratorio]

# Un planteamiento actualizado

de la Pastoral Juvenil Salesiana exige una reflexión no solo de tipo carismático sino también de tipo teológico. La pastoral juvenil, como acción de la comunidad eclesial, nos impulsa a una profundización teológica y eclesiológica. Este segundo capítulo expone tres convicciones de fondo: Jesucristo, evangelizador y anunciador de la comunión con Dios y de la comunión entre los hombres (amor fraterno), que es la revelación plena de Dios Comunidad-Amor; la Iglesia, «Misterio de comunión y de misión», animada y fortalecida por el Espíritu de Dios; la Congregación Salesiana comparte con la Iglesia la misión evangelizadora con la específica opción juvenil.

## 1

## Jesucristo, Buen Pastor, manifestación plena del Amor de Dios

El precioso texto de nuestro santo Fundador (ver más arriba), además de señalar que la educación salesiana es integral y que por medio del Sistema Preventivo forma “honrados ciudadanos y honrados cristianos”, nos descubre claramente **la profundidad teológica de la misión que Dios le confió**. Esta, en los contextos nuevos y muy diversos de aquellos en que Don Bosco vivió y trabajó, sigue siendo nuestra misión. Estamos llamados a ser, en la Iglesia, “signos y portadores del amor de Dios a los jóvenes, especialmente a los más pobres” (*Const.* 2).

El amor de Dios se ha manifestado plenamente en Jesucristo, como dice la primera carta de Juan: “Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos acerca del Verbo de la vida; pues la Vida se hizo visible, y nosotros hemos visto, damos testimonio y os anunciamos la vida eterna que estaba junto al Padre y se nos manifestó. Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos” (1Jn 1, 1-3a). En este sentido **Jesús es el Profeta por excelencia**; a diferencia de los profetas del Antiguo Testamento, por medio de los cuales en muchas ocasiones y de muchas maneras había hablado Dios antiguamente a su Pueblo (cfr. Hb 1, 1). Él es la Palabra de Dios, en la que Dios se comunica con todos los hombres del mundo de manera definitiva.

El amor de Dios manifestado en Jesucristo es la Buena Noticia por excelencia dada a los hombres, el *euanghélion*. Este amor constituye también la plenitud de todo hombre y mujer, en su realidad integral. Jesús lo hace don a través de la comunión con Dios, sobre todo en el perdón de los pecados, y a través de la comunión entre todos los hombres, en el “mandamiento nuevo”: “En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros” (Jn 13,35).

Jesús comunica **el Amor de Dios** que lleva a la salvación **de todos sin excluir a ninguno**, pero con una predilección especial hacia aquellos que son marginados, social o religiosamente, por diversas razones: los más pobres, los

enfermos—en particular los leprosos y los afligidos por el espíritu maligno—, incluso los más alejados de Dios, los pecadores públicos (publicanos y prostitutas: cfr. Lc 7, 36-50; Lc 15, 1-3). Manifiesta también una gran bondad y ternura hacia los niños, de los que afirma: “En verdad os digo que quien no reciba el Reino de Dios como un niño, no entrará en él” (Mc 10,15).

Esta manifestación del Amor de Dios a todos los hombres no es solamente una promesa que se cumplirá en el futuro: Jesús revela el Amor de Dios por medio de sus signos salvíficos: “pasó haciendo el bien” (Hech 10, 37-38).

Por otra parte, todos los que han experimentado el Amor de Dios por medio de la palabra y la acción de Jesucristo, los más “necesitados” en las diversas situaciones, se convierten ellos mismos en evangelizadores: los enfermos, los más pobres, la samaritana despreciada, incluso el poseído por una legión de demonios (cfr. Mc 5).

Jesús mismo quiso representar su misión con la **imagen del Buen Pastor** (cfr. Mt 18, 12-14; Lc 15, 4-7; Jn 10, 1-8): “que conquista con la mansedumbre y la entrega de sí mismo” (Const. 11).

Como Buen Pastor, Jesús tiene siempre una preocupación misionera: “Es necesario que proclame la buena noticia del Reino de Dios también a las otras ciudades, pues para esto he sido enviado” (Lc 4, 43-44). “Y tengo, además, otras ovejas que no son de este redil; también a esas las tengo que traer, y escucharán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo



*«La pobreza alude directamente a su situación socio-económica: el abandono reclama la “calificación teológica” de privación de sustento a causa de la falta de una mediación adecuada del Amor de Dios; el peligro reenvía a una fase determinante de la vida, la adolescencia-juventud, que es el tiempo de la decisión, después de la cual muy difícilmente se pueden cambiar las costumbres y las actitudes adoptadas»*

[DON PASCUAL CHÁVEZ, ACG 384, «CONTEMPLAR A JESÚS CON LA MIRADA DE DON BOSCO»]



*«Jesucristo se hizo pequeño con los pequeños y cargó con nuestras enfermedades. He aquí el modelo de la familiaridad»*

[CARTA DE ROMA, 1884]

pastor” (Jn 10, 16). Amando a todas sus ovejas, el Buen Pastor prueba una predilección, incluso desconcertante, hacia la que se ha perdido, manifiesta su *amorosa premura* en buscarla hasta que la encuentra, y su *cariño* “cargándola, lleno de gozo, sobre sus hombros” (Lc 15, 5).

El sentido más profundo de la Encarnación del Hijo de Dios, enviado por el Padre “por obra del Espíritu Santo” y que **encuentra su más plena realización en el Misterio Pascual**, muerte y resurrección de Jesús, es este precisamente: revelarnos “hasta el extremo” (Jn 13,1s) el Amor divino, para reunir en la unidad de este Amor a todos los hombres del mundo: “Él es nuestra paz: el que de los dos pueblos ha hecho uno, derribando en su cuerpo de carne el muro que los separaba... Así, unos y otros, podemos acercarnos al Padre por medio de él en un mismo Espíritu” (Ef 2, 14.18).

## 2

## Jesús nos revela el Misterio de Dios, Comunidad de Amor

Pero Jesús no solo nos revela el amor de Dios a nosotros, sino también el rostro del Dios verdadero, que es en sí mismo **Comunión de Amor**: El Padre se da al Hijo engendrándolo, y, juntos, donan el Espíritu Santo: este es el corazón de la fe cristiana.

Esta Comunión de amor no solo se manifiesta a los hombres por medio del Hijo, sino que se comunica realmente mediante la acción de Jesús y del Espíritu Santo. Ella constituye el compromiso fundamental del cristiano: construir en nuestro mundo el Reino de Dios, que es un Reino “de justicia, de amor y de paz”. “Padre, te ruego que todos sean uno, como Tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que Tú me has enviado” (Jn 17, 21).



## 3

## La Iglesia, llamada a continuar la misión de Jesús

Esta es la razón de ser y la misión fundamental de la Iglesia: continuar la misión de Jesucristo, con la luz y la fuerza del Espíritu Santo, para manifestar al Dios que es Amor, y construir la comunión con Él y entre todos los hombres. Y todo ello, sin exclusión ninguna, privilegiando a “los últimos”, según las diversas situaciones en el espacio y en el tiempo de la historia. Esta continuidad está señalada en el Nuevo Testamento en los escritos de Juan, por medio de una constatación citada dos veces: “A Dios nadie lo ha visto jamás” (Jn 1, 18; 1Jn 4, 12); pero, si la primera vez subraya la misión de Jesús: “A Dios nadie lo ha visto jamás: Dios unigénito, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer”, la segunda vez “traslada” esta misión a la comunidad de los creyentes en Cristo: “Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud”.

La Iglesia, en su esencia más profunda, es **“misterio de comunión y de misión”** (*Christifideles Laici* 32): continuación de la misión de Jesucristo, en el anuncio del Amor de Dios para la edificación de la comunión-comunidad de los hijos e hijas de Dios. La experiencia de Iglesia es experiencia de comunión con Dios y con los hombres. Es una comunidad sostenida por el Espíritu, donde la fe

*se vive en comunidad (koinonía)*

*se medita y se hace testimonio coherente (martyria)*

*se celebra (liturgia)*

*se transmite en el servicio y en la acción pastoral (diaconía)*

*se traduce en actitudes de vida (espiritualidad)*

Su *calidad comunitaria* se manifiesta y se realiza en diversos niveles. Tiene la propia meta en el cumplimiento escatológico de la Comunión de amor con Dios y de los hombres entre ellos. Instrumento privilegiado y lugar de actuación de tal amor, es, ya aquí en la tierra, la comunidad eclesial, comunión de amor ya cumplida. Una Iglesia que vive, al mismo tiempo, su indispensable servicio ministerial para la realización del Reino mediante la

obra de evangelización y catequesis, la celebración de los Sacramentos, la experiencia del amor fraterno en las comunidades, el diálogo ecuménico e interreligioso, la promoción humana que conduce a la superación de toda discriminación y marginación.

Por tanto, **la Iglesia es esencialmente misionera**, y lleva el anuncio de Cristo a todo pueblo y cultura como su deber prioritario. La misión eclesial da el tono a la misma identidad de la comunidad cristiana: la misión recibida de Cristo de evangelizar a los pueblos no es solamente una “cosa que hay que hacer”, sino que forma parte de la misma Iglesia y manifiesta su identidad. Como dice un hermoso texto litúrgico:

*«Para hacer de todas las naciones un solo pueblo nuevo, que tiene como meta, tu reino, como estado, la libertad de tus hijos, como ley, el precepto del amor»*  
(MISAL ROMANO, PREFACIO COMÚN VII).



## 4

## La misión salesiana

**El carisma salesiano participa de la misión universal de la Iglesia:** es una experiencia del Espíritu, un don de Dios entregado a la Iglesia y a la humanidad a través de Don Bosco, con propiedades distintivas:

- *los destinatarios específicos: “reunir” a los jóvenes;*
- *la predilección por “los más pobres, abandonados, en peligro”: “alejados” de Dios, marginados por la comunidad humana, los que mayor carencia sufren de la experiencia del amor de Dios;*

- *un estilo típico que privilegia el amor (amor educativo que hace crecer y crea correspondencia) y la comunión (espíritu de familia), para superar la soledad y la explotación;*
- *la “mediación privilegiada” de la educación y la experiencia de la Comunidad Educativo-Pastoral “experiencia de Iglesia, reveladora del designio de Dios” (Const.47).*

## 5

## María, madre y maestra

“Todos eran asiduos y unánimes en la oración, juntamente con algunas mujeres y con María, la Madre de Jesús” (Hech 1, 14). La presencia materna de María en la primera comunidad, en el centro de los “hermanos y hermanas” de Jesús, continúa a lo largo de los siglos. “Rostro materno del Amor de Dios”, Ella nos lleva a Jesús, para que todos, hombres y mujeres del mundo **podamos llegar a ser hijos e hijas en el Hijo**. Como en las bodas de Caná, su preocupación y predilección materna se manifiesta en favor de todos aquellos que “no tienen vino” (Jn 2, 3): en particular en favor de tantos jóvenes que no encuentran el sentido de su vida porque no se sienten amados por Dios, marginados a causa de su condición socio-económica, familiar, afectiva o profesional. Convirtiéndonos nosotros en compañeros de camino, sobre todo para estos jóvenes, “la Virgen María es una presencia materna en este camino. La damos a conocer como Aquella que ha creído, ayuda e infunde esperanza” (Const. 34).